SEMBLANZA SEVILLANA

Rafael Manzano Martos

Es muy difícil para quien fue en vida tierno amigo de Florentino Pérez-Embid, trazar en unas pocas líneas la semblanza humana de una personalidad tan compleja, tan varia, tan contradictoria y rica de matices. Y mucho menos enfocarla desde la luz de su amor por la arquitectura de nuestra tierra y su mecenazgo sobre ella, con todo lo que en ello había de vocación juvenil frustrada, de afición historicista de madurez, o de necesidad ancestral del ser humano de modelar la tierra y conformarla en piedras inmortales.

Sólo la trágica intemporalidad de la muerte permite en estas ocasiones poner en juego la óptica de prismas complicados que aproxima y aleja la personalidad humana, la enfoca a veces, la desvanece otras, haciendo desaparecer lo anecdótico, para darnos una imagen luego depurada y reducida a sus universales más absolutos.

Pero en el caso de Florentino era tal la suerte de aparentes contradicciones que concurrían en su forma de producirse, que los que aquí queremos evocarle sólo podremos aproximar su figura en la forma en que matemáticamente definíamos al número real, por dobles series convergentes, en las que intentamos centrar lo que era y lo que no era, o lo que era, junto con lo que también subyacía en su alma, aunque pudiera parecer contradictorio.

Y así podríamos aproximar sucesivamente que Florentino Pérez-Embid era un profundo asceta, y era también un gran vividor, y que fue en política un gran liberal y paralelamente un autócrata autoritario. Que sabía conjugar perfectamente su profunda fidelidad de buen creyente hacia la jerarquía eclesiástica con ciertos ribetes de decimonónico anticlericalismo.

Y así sucesivamente.

Pero su gran arte fue la política. Y en ella supo conciliar de forma genial su claro talento de sagaz político con su talante nato de gran señor a la andaluza.

Pensaba como político y obraba como gran señor.

Muchas veces, camino de su Aracena natal, le expliqué el origen de su linaje.

Florentino, decía yo, descendía de uno de aquellos gallegos (limienses) que repoblaron la Sierra en época romana, y de ellos heredaría su fina intuición política. Tenía un Embid, aragonés, con lo que ello importa de claridad de pensamiento, de cartesianismo, de propensión a la dimensión amplia y generosa.

Pero todo ello, decantado a través de los siglos de cultura musulmana andaluza donde se creó un tipo de gran señor cuyos valores creo no han sido nunca suficientemente analizados. Quizá porque se haya confundido a veces con el señorito, ese caballerito andaluz decimonónico, reducción a escala mínima de una forma de ser señor muy peculiar de nuestra tierra.

Pienso en Ibrahin ben Hachach, gran señor de Sevilla en el Califato, o en un Mutamid ben Abbad, que fueron príncipes y señores de la cultura, grandes en el mecenazgo, en las artes, en las letras, y en el campo de batalla, pero que naufragaron en el proceloso mar de la política.

Estos genes contradictorios fueron la eterna lucha entre su pensamiento y su corazón.

Pensaba con la cabeza, obraba con el corazón.

A veces, cuando subíamos a una Granada a la que amaba no sin ciertos recelos de señor taifa de la Bética frente a los ziríes de la Penibética, le enseñaba el apasionado mote heráldico de los Venegas grabado en piedra sobre el dintel de la Casa de los Tiros: «El corazón manda», y él lo hacía suyo llevándose la mano a su corazón tocado ya de muerte y embargado por las profundas contradicciones de su alma.

Todo lo hizo en este mundo bajo el fuerte latir de sus grandes corazonadas. Y todas las corazonadas, como las horas de la vida, hieren. La última mata. Me obsesiona pensar sobre la última corazonada de Florentino: España; la crisis de una forma de Gobierno, quebrada con la muerte incalificablemente violenta de su último presidente. La crisis de unas ideas, de un equilibrio económico del mundo... la incertidumbre ante un futuro político nuevo y apasionante. Su leal-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tad inquebrantable y contradictoria a un Jefe indiscutible, a un Príncipe necesario, a un Rey...

Quizá sean los poetas los que puedan intuir mejor las corazonadas últimas de quien fue todo corazón. Muy pocos días antes leía emocionado:

El monte Estoril tenía un rey.
¡Ay de él!
... ...
Y su tesoro
—no de oro; de mañana,
cautivo en tierras del moro
... ...
La barca bogaba
y mecía al Rey,
¡ay esperanza! ¡ay de él!

Nos toca ahora hablar de arquitectura. Creo que Florentino fue una de tantas vocaciones por la arquitectura ahogada en una Facultad de Letras y en un ambiente más preocupado por las otras artes plásticas que por la del espacio arquitectónico.

Pero su sensibilidad a flor de piel y sus conocimientos le hicieron crítico finísimo a veces de la obra arquitectónica, que para él significaba, con visión muy de político, la huella más perdurable del hombre sobre la Tierra.

No quiero siquiera penetrar en la descripción de su mecenazgo sobre los monumentos españoles y sevillanos, ni hacer nómina de la innumerable multitud de museos y edificios de obra prima debidos al impulso de su política. Porque en ella supo poner tanto énfasis en promover lo que mejor concordaba con su propia sensibilidad y aficiones como en aquello otro que, incluso repugnando a sus propios sentimientos, podía significar el abrir una ventana a los aires nuevos del arte o de la cultura.

Quedan, pues, entre tanto rincón urbano de la tierra y el alma, restituidos bajo su patronazgo la sucesión de grandes y modernos museos que repartió de Norte a Sur en la geografía española. Pero en lo nuestro, en lo de Sevilla, no sólo hubo patronazgo. Hubo cotidiana crítica apasionada de cada obra, y hasta intervenciones autoritarias en el desarrollo de las obras que proyectábamos sus arquitectos.

«De la servilleta» llaman algunos amigos comunes, parodiando el título del famoso cuadro murillesco, al panteón de Sevillanos Ilustres, hoy vacío sin su presencia, imaginado por él en una servilleta de papel en el inolvidable bodegón de la Torre del Oro.

Intervenía en todo. Tachaba, animaba, impulsaba, daba vida y pasión a todo lo de su tierra, desde Sevilla hasta la Sierra. En lo nuestro no hizo sólo la política, sino que descendió hasta los últimos entresijos del diseño. A veces con errores, pero siempre con pasión.

Creo que, junto a la política, la arquitectura fue su pasión última, y también la primera, la vocación de su niñez y mocedad, perdida luego y finalmente recuperada. A mí y a otros amigos entrañables nos tocó ejecutar su obra con cariño, trabajando al dictado de sus deseos, siempre con prisa, como si notase que la vida se le iba de entre las manos.

Pero toda arquitectura entraña una visión reducida y concreta de un orden supremo y universal; de una concepción cósmica y trascendente. Sería preciso penetrar en el profundo significado simbólico y mágico de toda concepción espacial concreta.

Paseábamos en una prodigiosa noche de agosto, pasado el filo de la medianoche, por la península de la Magdalena. De repente detuvimos los tres la conversación para contemplar un cielo infinito, cuajado de estrellas. Florentino, casi en éxtasis, musitaba: «Ése es el cielo... Porque yo creo que el cielo está ahí arriba. Yo creo que allí están Ismael y mi madre...»

Florentino no hacía demasiado caso de los miles de años luz, de los millones de galaxias, ni de los trillones de kilómetros con los que la ciencia física y metafísica de Roberto Saumells, intentaba explicar los supremos secretos del cosmos. Embebido en la contemplación del cielo, concluyó casi sin descender a la tierra: «¡Qué maravilla...!, ¡qué prodigio! Y pensar que el centro de todo esto es... ¡Sevilla!»

Sólo la muerte me ha podido explicar la profunda verdad de aquella gigantesca hipérbole de andaluz enamorado.

Y es que en la eterna contemplación de la infinita Belleza Divina y de la Arquitectura Suprema, ha de existir una visión específica y concreta que es precisamente ese cielo que Dios nos tiene reservado a los sevillanos. Donde sobre una urbanística ideal presidida por la Giralda, Cristo tiene rostro de Pasión montañesino, y la Virgen cara de Macarena entre cirios que tiemblan y apreturas de multitud enardecidas en amaneceres de Viernes Santo. «¡Niño, la Macarena es la Virgen!... Las otras son advocaciones...»

Arquitectura y urbanística supremas en un orden universal cuya bóveda celeste se conforma en cúpula morisca cuajada de estrellas de lazo, y cuyo eje y pivote fue para Florentino Pérez-Embid, en la vida y en la muerte, Sevilla.

(Discurso en la sesión necrológica organizada por el Ateneo de Sevilla, 20 de enero de 1975.)

Con el autor en la inauguración del Museo de Sevilla. 3 abril 1972. ▶

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei